

CAPÍTULO I

La cuestión de la ocupación de las áreas interiores ibéricas en el contexto del Paleolítico Superior peninsular

■ JOSEP-MARIA FULLOLA ■ JOÃO ZILHÃO

ABSTRACT As an introduction to this book, the authors present a reflection on the implications of the discovery of the Côa Valley engravings and of their archaeological context in term of the settlement and exploitation of the resources of central Iberia during the Upper Palaeolithic.

Los descubrimientos de esta última década en el área del Côa, tanto las manifestaciones rupestres al aire libre como los yacimientos arqueológicos asociados a las mismas, han significado una aportación importante al conocimiento del poblamiento peninsular durante el Paleolítico Superior.

La dualidad, casi a veces oposición, entre los modelos de ocupación de la meseta central ibérica y de las zonas periféricas, va siendo paulatinamente superada. Desde luego, sigue sin llegarse a la extrema riqueza de las tres vertientes marítimas peninsulares, que albergan yacimientos que ocupan la práctica totalidad cronológica del Paleolítico Superior y, en muchas ocasiones con una concentración geográfica espectacular (valles cantábricos, área de Serinyà, en Gerona, o comarcas centro-meridionales del País Valenciano, entre otros ejemplos). Sin embargo las fases más recientes del Paleolítico Superior tienen ya diversas estratigrafías, dataciones y zonas de relativa abundancia que permiten hablar de una ocupación constante de la meseta central ibérica a partir del inicio de la mejora climática, desde el Solutrense hasta la transición epipaleolítica.

Las ocupaciones anteriores al Paleolítico Superior en la meseta son conocidas desde el último tercio del siglo XIX, cuando las terrazas del Manzanares y de otros ríos de la zona de los alrededores de Madrid empezaron a proporcionar materiales achelenses, musterienses y de Paleolítico Superior. Si a ello sumamos Torralba y Ambrona, tendremos el panorama de los antecedentes de la ocupación meseteña durante el Paleolítico conocidos hasta los años 70 del siglo pasado. A partir de entonces se prospectan diversas zonas, todas relacionadas con terrazas fluviales. Aparecen yacimientos clave como Pinedo (Toledo), el conjunto del Campo de Calatrava (Ciudad Real), los de la cuenca del Duero (desde Atapuerca hasta Los Llanos de San Quirce, pasando por La Maya, en Salamanca o Arganda y Áridos, entre muchos otros, en el sistema fluvial Manzanares-Jarama, en Madrid).

El momento posterior, musteriense, está escasamente representado en la meseta. En sus bordes tenemos los yacimientos burgaleses de Millán y La Ermita, de muy posible conexión con el área cantábrica/depresión del Ebro con la que limitan. Se citan restos musterienses en La Maya I (Salamanca), en Los Casares (Guadalajara) y en diversas terrazas del Manzanares, conocidas de antiguo. Con estos antecedentes, empobrecidos a partir de la pulsación fría de la última glaciación, con especial incidencia durante el EIO 4, no es difícil suponer que los principios del Paleolítico Superior meseteños sean mal conocidos y muy escasos. No tienen nada que ver estas pobres ocupaciones del centro de la península con las que documentamos en el Cantábrico, en el Mediterráneo y en la vertiente atlántica, donde las largas estratigrafías nos ofrecen continuidad desde el Musteriense en varios yacimientos; también se ocupan nuevas estaciones, que ya no se abandonarán a lo largo de todo el Paleolítico Superior. Cierto es que algunas fechas de

niveles atribuidos al Musteriense son más recientes de lo esperado, y se van hasta los 30 000-27 000 años BP, casos del Boquete de Zafarraya, de Carigüela (Granada), de La Ermita (Burgos), de Jarama VI (Guadalajara) o de yacimientos portugueses como Caldeirão (Tomar) o Figueira Brava (Sesimbra).

Si tratamos de contextualizar el conjunto de Foz Côa en el área central peninsular, habremos de constatar en primer lugar que sus ocupaciones responden en buena medida a lo esperado, vista la buena representación de niveles solutrenses y magdalenenses en diferentes yacimientos. Llama la atención, sin embargo, la relativa abundancia de ocupaciones del Gravetiense. Es una etapa que, en las zonas litorales clásicas, sigue siendo conocida apenas por contadas secuencias de abrigo o cueva en Cantabria (Pendo, Castillo), Cataluña (Arbreda) y Valencia (Mallaetes, Parpalló), y por la red de yacimientos al aire libre en estratigrafía de la Estremadura, los cuales, sin embargo, se fechan casi todos en la parte final, posterior a 24-25 000 BP.

Si volvemos al área meseteña estricta, tan sólo tenemos referencias escasas de presencia auriñaciense y gravetiense en yacimientos leoneses, es decir, lindantes con la zona cantábrica; todo ese área, las vertientes meridionales de la cordillera cantábrica, pudo ser ocupada intermitentemente por grupos que, de forma ocasional, franquearan los valles altos y encontraran mejores tierras de caza y pesca en estos lugares. Los yacimientos del Côa, sin embargo, prueban que, a pesar de los problemas de visibilidad arqueológica de los yacimientos, que seguramente serán más al aire libre que en cueva, el interior de la Península estuvo ocupado desde comienzos del Paleolítico Superior. Sobre la naturaleza de ese poblamiento inicial, la insuficiente evidencia poco más permite que plantearnos cuestiones a las que sólo la continuación de la investigación podrá aportar respuesta: ¿qué relación tiene con el Musteriense tardío del Valle del Jarama y de Foz do Enxarrique? Si éste último fue todavía obra de neandertales, ¿cómo relacionar el tema del primer Paleolítico Superior del interior peninsular con la cuestión del origen del hombre moderno en el extremo occidente de Europa? Y si los yacimientos auriñacienses tardíos de las regiones del sur y oeste peninsular, donde también hubo una larga perduración del Musteriense, se relacionan con la inmigración del hombre moderno, ¿puede el hecho que en el Côa todavía no se hayan encontrado vestigios auriñacienses significar que la secuencia del Paleolítico Superior regional empieza sólo con en el Gravetiense y, por lo tanto, indicar ya sea una pervivencia todavía más larga de los neandertales, ya sea su extinción local antes de la recolonización de estos lugares por los gravetienses? Y, de ser así, ¿qué caminos siguió esa supuesta recolonización a partir de las regiones donde se documenta ocupación del Auriñaciense Reciente y del Gravetiense Antiguo?; ¿bajó desde el golfo de Vizcaya por los puertos de montaña de la cordillera cantábrica?; ¿atravesó la península desde el delta del Ebro, pasando a la cuenca del Duero por el paso Jalón-Jiloca?; ¿ascendió desde el estuario del Tajo, subiendo hacia el Duero por el Valle del Zêzere?

Sea como fuere, los gravetienses del Côa se integran perfectamente en el esquema industrial de esta etapa en el litoral portugués; a pesar de las diferencias causadas por la distinta naturaleza de las materias primas disponibles — sílex en litoral, cuarzo y cuarcita en el interior — el diagnóstico técnico-tipológico, basado en comparaciones con esa zona, fue posible, y reiteradamente contrastado de forma independiente por la datación radiométrica de los contextos. El análisis del origen de las materias primas de estos yacimientos, por otra parte, documentó una red de relaciones a larga distancia, en todas direcciones, lo cual conlleva la implicación de que el interior peninsular seguramente habrá conocido, en esta época, un poblamiento denso, aunque todavía casi integralmente por descubrir. Sólo la existencia de un tal poblamiento puede, por otra parte, explicar los paralelos estilísticos que unánimemente se reconocen entre el arte del Côa y el de regiones tan alejadas como l'Ariège o l'Ardèche francesas. En efecto,

la comunión de ideas y de cultura que tales paralelos significan sólo puede existir sobre la base de una conexión material, que tienen que ser las personas mismas, con sus redes de relaciones sociales y de parentesco y sus territorios de subsistencia e intercambio.

La segunda gran radiación de asentamientos, en el Còa, en la meseta y en la península en general, es la que se produce a partir del inicio de la mejora climática, tras superarse el 18 000 BP de máximo glacial; nos estamos refiriendo, por lo tanto a las fases avanzadas del Solutrense y, sobre todo, al Magdaleniense.

La primera de estas fases está muy mal representada en la meseta, ya que tan sólo se habla de materiales de las terrazas del Manzanares y de elementos dudosos en la placa de Villalba (Soria) o en Peña Capón (Guadalajara). Nada que ver, por lo tanto, con la riqueza y variedad de las tres áreas costeras peninsulares, en las que florece el Solutrense franco-cantábrico más clásico junto al Solutrense ibérico valenciano, andaluz y portugués. Este último se caracteriza por el hecho de compartir “fósiles directores” que, en el resto de la Península, se hallan de forma exclusiva o en la vertiente atlántica (puntas de base cóncava, puntas escotadas de retoque plano) o en la mediterránea (puntas de pedúnculo y aletas, puntas escotadas de dorso). En el Còa, sin embargo, no se han todavía encontrado materiales típicos del Solutrense mediterráneo, lo que puede indicar, en esta etapa, que las redes de relación e intercambio se orientaban más hacia el norte que al sur.

Cuando podemos documentar un abundante poblamiento meseteño es a partir del Magdaleniense; la subida de las temperaturas debió facilitar no el acceso pero sí la estabilidad de la ocupación en estas zonas altas, por lo que ahora tenemos restos de hábitat desde Burgos a Albacete, desde León a las estribaciones meridionales de Sierra Morena; cabría citar la cueva del Nispero (Burgos), La Uña y el Espertín (León) o los abrigos conquenses de Verdelpino, fechados en torno al 14 000 BP.

No habría que preguntarse tampoco ahora por los caminos de penetración de los magdalenienses en la meseta, ya que es obvio que todas las vías posibles fueron aprovechadas: los pasos desde la franja cantábrica se hacen más y más franqueables; las conexiones con el Valle del Ebro siguen practicándose con intensidad; y los contactos con la zona oriental peninsular van siendo cada vez más evidentes. Los magdalenienses que documentamos en el Còa responden a un esquema de poblamiento natural, a unos grupos que van adquiriendo los avances tecnológicos del momento a partir de los influjos circulantes por la cuenca del Duero, que van especializando su caza y que van representando animales en sus manifestaciones grabadas bien sobre los esquistos de las orillas del Còa y de otros ríos de la zona bien, en la fase final del período, sobre cantos planos y rodados recogidos en las playas de guijarros del mismo río.

¿Cómo terminó todo este mundo de los cazadores-recolectores del Còa? El yacimiento de Prazo en las tierras altas que bordean el Bajo Còa por el Oeste, documenta una ocupación humana de la región en época Boreal, seguida de un interregno de algunos milenios hasta la llegada del Neolítico, cerca de 6000 BP; pero no termina de aclarar si ese poblamiento del Boreal está en continuidad con el del Magdaleniense o si representa una recolonización de la zona por grupos litorales desplazándose desde el Bajo Duero. En la Meseta, sin embargo, parece que el final de los tiempos glaciares se corresponde con una terminación no menos abrupta de las evidencias de ocupación humana, e incluso de la misma acumulación de sedimentos en los yacimientos anteriormente ocupados (vejase el ejemplo de Estebanvela, Segovia). Sea como fuere, en el Còa como en la Meseta, aunque haya subsistido algún tipo de poblamiento humano permanente, está claro que lo que hasta entonces había sido su más distintiva marca desaparece de forma irreversible: el comportamiento de marcación simbólica de territorios de cazadores-recolectores mediante el hecho artístico es, en todo el interior peninsular, si no en toda la Península, a partir del 10 000 BP, definitivamente cosa del pasado.